



■ A modo de presentación

EL GRAN TOZAL DE RIPERA

ESCABROSA pared admirablemente destacando con toda la arrogancia de un tozal, firmemente alzándose 800 metros de un solo impulso, imponiéndose sin vínculos con otras paredes, como la atormentada y enigmática torre aislada de una vieja fortaleza de aspecto tétrico que nadie osa penetrar y todos rehuyen, quizás por eso la mayoría de los escaladores que la veían pasaban de largo y los pocos que intentaron ponerle las manos encima apenas si superaron la primera barrera de extraplomos. Por su altura es el indiscutible rey de los tozales pirenaicos.

A la cumbre del Gran Tozal solo se puede acceder escalando. La vía más asequible es la Normal que discurre por el flanco este de la montaña y por el que sólo se puede acceder a través de un estrecho paso de sarríos suspendido de abismos en todas direcciones. Si no fuese por este paso diríase que se trata de un pico inaccesible, aún así en el tramo final hay que escalar 90 metros, 50 de ellos son por el interior de un delicado tobogán con pasajes de IV sup. Por el momento la ruta Normal sólo se ha hecho en descenso. Poco antes de enlazar con la escalada, pocos metros más allá de franqueada la aérea cornisa, el paso transita por el Santuario de las Simas, éste es un inusual fenómeno kárstico que nos obliga a ir con los ojos muy bien abiertos, pues está repleto de agujeros, en algunos de los cuales, al lanzar una piedra tarda entre 6 y 8 segundos en tocar suelo.

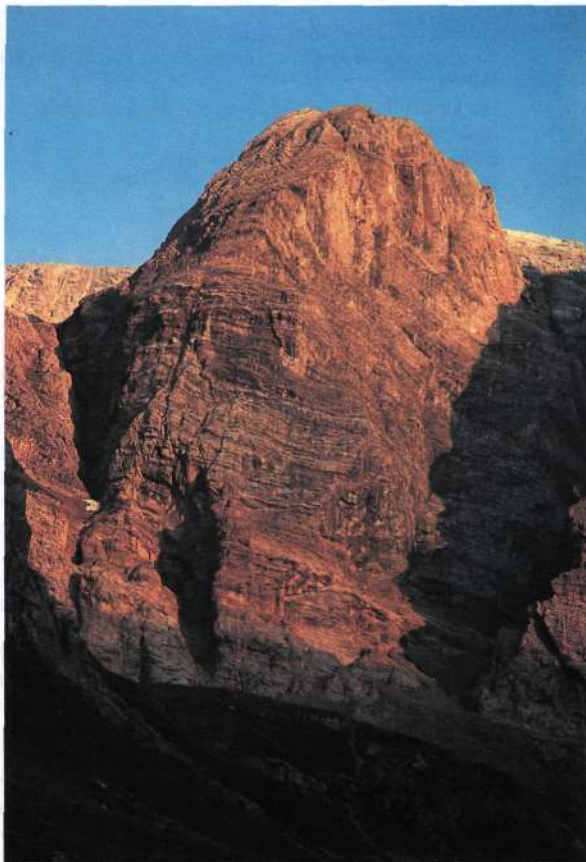
La cima tiene algo de divino y maravilloso, es como si expresamente estuviera concebida para un ángel solitario y soñador que, después de los trabajos encomendados por el Señor, no tenga otra pasión que

retirarse a esta cúspide para contemplar las altas maravillas del Pirineo. Cuando se visita da verdadera pena abandonarla y no ser un ángel. La cumbre es un estupendo balcón puntiagudo pero con un cómodo rellanito, plano, abocado al verde valle de la Ripera, que nada tiene que ver con la vertiente oeste. Desde ella uno se siente viajar en una nube, pues se dominan los más destacados picos como son las conocidas agujas d'Ansabere, el Midi d'Ossau, todos los picos de los Infiernos, marmolera del Vignemale así como algunas de las cúpulas celestes del macizo del Monte Perdido.

Para el que sabe leer en la roca, para el que se ha paseado durante años por los pedestrales de nuestras más atroces paredes y las ha escalado siguiendo el ejemplo de los maestros que opinan "gran arte es trazar la vía más fácil en una vertical pared", rápidamente se percatarán, nada más ver la vertiente norte de Gran Tozal de Ripera y compararla con la reseña, que el presente se trata de un determinante itinerario de máxima evidencia, enriquecedor para el valle que lo abraza y único en nuestros Pirineos, pues recuerda a las grandes ascensiones de vitrina que los pioneros abrieron durante la romántica batalla del VI* grado en las Dolomitas de los años 30, pero éste, realizado en los Pirineos en 1999. Un paso de VI* grado en 800 metros de vertical pared que se puede evitar asiéndose al clavo. Cuatro aislados pasajes de Vº sup. Advertencia de dificultad que ratifica su categoría y numerosos tramos de IIIº y IVº que son los que nos permitirán realizar la ascensión en una intensa jornada de verano.

Pako
Sánchez

EN LA PARED NORTE DEL GRAN TOZAL DE RIPERA



AL bajar de abrir la vía en la pared norte de la Peña Forato Os Diaples, observábamos, con disimulado desinterés, el esbelto espolón norte de la cumbre situada a la izquierda de la mastodóntica mole de la Peña. Comentarios dispersos, intercalados con recuerdos de la reciente ascensión, amortiguaban el dulce caminar hacia el fondo del valle. El espolón, sin duda, prometía ser otra vía de un millar de metros de recorrido, que se desprendía de una enigmática cumbre, cuyo posible nombre no estaba gravado en mapas y guías, y al que denominamos el Tozal de Ripera. Cada vez que nos deteníamos a escrutar los detalles de la inmensa pared planificábamos su posible ascensión como un proyecto pendiente en perspectiva a realizarlo unos años más tarde...

Conscientes de que nos engañábamos mutuamente, a duras penas esperamos la proximidad del verano siguiente para concretar que, entre las posibles aperturas, el espolón norte del Tozal de Ripera sería "Nuestro objetivo número uno" de la época estival. Así pues, aprovechando que disponemos de unos cuantos días a mediados de julio, nos dirigimos a los pies de la montaña para vivaquear en la víspera de la ascensión.

Al llegar a los verdes prados de Ripera los últimos rayos de sol, con una luz apagada y mortecina, alumbran algunos salientes de la parte alta de la muralla. Tras un año sin ver la pared se me antojó más tétrica y fúnebre de lo que quería recordar, hasta el punto que la creciente oscuridad del crepúsculo parecía resultar conformable y apropiada a la montaña. Cené de espaldas a la omnipresente pared, esforzándome en arrinconar un temor casi infantil.

Al día siguiente, como siempre, las cosas se vieron de otra manera. La preocupación, no obstante, venía ahora pro-



A la izquierda.

El tridente del Gran Tozal de Ripera visto desde la vía de descenso

En el centro.

Oscura y fría, la inmensa pared del Ripera es la reina del crepúsculo

Debajo.

Vadeando el primer helero

ducida por un cielo poblado de grises nubes que, con su presencia, hicieron que la mañana fuese gris e incolora. Nos preguntábamos mutuamente acerca del pronóstico del tiempo. El "¿Qué crees?", venía acompañado de un "No sé... ¿y tú?". La penaceña fue la de siempre. Conclusión: "escalamos un par de largos y si no lo vemos claro bajamos". Justificación: "Ya que estamos aquí, aprovachamos". Traducción: "Nos metemos y ya saldremos por donde sea".

■ Iniciamos la escalada

Nos adentramos en una fea canal pedregosa, verdadero embudo colector de las piedras que se puedan desprender de lo alto. Nos apresuramos en abandonar el lugar, ascendiendo los primeros metros hasta una curiosa poza. Aquí se inicia la escalada en sí, concluyendo la primera sección en la cúspide del zócalo, donde encontramos un agonizante helero de nieve engrecida y sucia





En esta página arriba.

En el zócalo de la pared, cerca de las pozas. (IIIº/III+)

Debajo.

Los largos finales se negocian con una velocidad insospechada

En la página de la derecha arriba.

Un cielo de plomo y una repisa incómoda para vivaquear... La noche promete ser larga

Debajo.

Descansa compañero, descansa. Que hemos vuelto a finalizar lo que empezamos

al que denominamos "primer helero". Justamente, a partir de este punto, la vía muestra su sección más vertical que, durante varios largos, discurre por una llamativa chimenea hasta la sección de los "techos negros", límite de los vestigios de alguna tentativa anterior. Nos esforzábamos en no perder tiempo, lo que convirtió la escalada en un ejercicio tan absorbente que a duras penas salimos de nuestro asombro al oír el primer trueno. El cielo plomizo no tardó en desprender veloces gotas de agua. Nos protegimos bajo unos pequeños desplomes, cada uno dentro de su respectiva funda de vivac. Ya eran las cuatro de la tarde y la sensación de cansancio y desgana se vio incrementada por la lluvia, acompañada de la vacía niebla que amortigua y absorbe los matices de la pared.

Al finalizar la tormenta, de apenas media hora de duración, empezó la siempre desagradable divagación entre subir o bajar: Yo tomé la postura cómoda de responder a las preguntas con nuevas interrogaciones y delegar, sutilmente, la decisión al compañero; al poco tiempo, quizás harto de jugar al "frontón dialéctico" se puso de pie y sentenció "Yo de aquí no me bajo", fue tan contundente su tono de voz que, de repente, tuve la absoluta certeza de que el cielo se abriría sin más y, como tantas otras veces, tendríamos como cómplices del vivac a las mil y una estrellas que adornan el firmamento.

■ Una noche eterna

Lejos de cumplirse el optimista pronóstico, un par de horas más tarde estábamos acondicionando un desprotegido vivac en una exigua cornisa, en el margen de una repisa terrosa. Fué el lugar más confortable que supimos descubrir en el sector central de la pared. Al llegar la noche maldecíamos el cambio de tiempo que nos había asaltado por la tarde. Si la situación atmosférica nos hubiese respetado, ahora estaríamos bajando a tientas de las alturas, con la vía en nuestro corazón; en cambio nos esforzábamos en descubrir puntos de luz que nos advirtiesen de que la compacta capa de nubes se estaba rompiendo con el frío de la noche. A veces creíamos ver una estrella que desaparecía lentamente, hasta que nos rendíamos ante la evidencia de que aquello que nos obstinábamos en observar ya había desaparecido. A pesar de ello nos metimos en la funda de vivac, sabiendo que poca cosa más podíamos hacer y que son las primeras horas de la noche las únicas relativamente reconfortantes cuando se duerme sin saco. Una rápida mirada al reloj; eran las diez de la noche.

Tan sólo un par de horas más tarde decenas de rayos y relámpagos invadían con sus haces de luz el cielo. No deja de ser curioso ver una tormenta eléctrica cuando estás dentro de las propias nubes, destellos arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda, y luego el ensordecedor ruido de los truenos. Nos sentíamos pobladores de las trincheras, frágiles soldados perdidos en medio de una dantesca batalla. Sin embargo, quizás como respuesta ante el miedo, me sentía espectador, ajeno a la realidad; ilusa percepción que se desintegró tan pronto como fuimos atacados por la primera tromba de agua. Ya entonces habíamos abandonado nuestra postura estirada para sentarnos de cuclillas sobre la cuerda, evitando apoyar la espalda en la pared. La sorpresa fue realmente desagradable cuando descubrí la casi nula protección que me otorgaba la funda de vivac y cómo se empapaban con facilidad los diferentes jerséis que hasta el momento me habían mantenido caliente.

"Mierda, me estoy empapando". -grité al sentir cómo la ducha de agua gélida discurría por mi espalda-. "Yo aún no,... pero poco me falta" -respondió mi compañero-. Otra rápida ojeada al reloj, tan sólo hacía cinco minutos que llovía.

EN LA PARED NORTE DEL GRAN TOZAL DE RIPERA





■ La lluvia que no cesa

La tormenta, lejos de menguar en su violencia, continuó torrencialmente durante dos horas más. Temblores incontrolados por la pérdida de calor corporal, mil y una quejas, la loca respiración, y agua, mucha agua por todos los rincones del cuerpo. A las dos de la madrugada, tan súbitamente como empezó, cesó el llanto desconsolado de las nubes. Ahora era yo el que lloraba, desecho por el frío. Una y otra vez imaginaba la salida de sol, y sentía que su templada caricia ponía fin al penoso tormento. Sabía que la esperada sensación era el mejor sedante ante las interminables horas de espera que me separaban del despuntar de un nuevo día. La desazón fue total cuando una nueva tormenta, aún más violenta que la anterior, volvió a absorber la montaña hacia las cuatro de la madrugada. Nuevamente bajaban por la pared verdaderos torrentes. Los minutos parecían horas y las horas días. La grisácea mañana apareció entre cortinas de agua. El sol nos había traicionado. Observé a mi compañero, su mirada estaba apagada por la amarga derrota, hacía horas que no hablabamos pero, sin duda, pensábamos lo mismo, "A la que deje de llover salimos de aquí".

Al ponerme en marcha me asustó verme en apuros para mantenerme en equilibrio. Empezaron una sucesión de aéreos rápeles acompañados del interminable temblor del cuerpo y de pequeños paréntesis de somnolencia. Delegué, de manera descarada, las maniobras de cuerda al compañero, que montaba las instalaciones y recogía las entumecidas cuerdas una y otra vez. Llegada la tarde, lejos ya de la empapada pared, otra violenta tormenta nos acompañó en nuestro camino de descenso del valle. Los truenos sonaban como insoportables carcajadas que se desprendían de lo alto; acompañando a la orquesta la fría lluvia y punzante granizo. La verdad es que quizás ya nos daba igual lo que diluviese, sin duda llovía sobre mojado. Negro sobre negro. Ya de noche llegamos a la que se había convertido en nuestra "Tierra prometida": Panticosa. ¡Suerte la nuestra al vernos con un plato en la mesa regado del suave perfume de un Samontano Gran Reserva del 92!

Dos semanas más tarde, aún sin haber digerido en su totalidad los acontecimientos pasados, volvimos imantados por nuestras ganas de terminar lo empezado. La táctica seguida fué la de acceder al punto máximo alcanzado mediante un sistema de viras herbosas situadas a media altura del gran precipicio del Mallo de las Blancas. Viras que, según se adivinaba, daban acceso a un circo sus-



pendido desde el cual podíamos acercarnos a la parte central de la pared. Invertimos la jornada en buscar el deseado paso, el cual resultó ser más fácil y evidente de lo esperado, dejando a nuestro paso las viras bien señalizadas con "cairns", evitando así la posibilidad de extraviarnos en caso de que la oscuridad o la niebla fueran nuestras compañeras durante el descenso. Sin duda el recorrido que seguíamos se trataba de la estrambótica "vía normal" de acceso a la cumbre, la cual, cada vez más, se nos antojaba como el último torreón inviolado de nuestros viejos Pirineos.

Tras varias horas de aproximación, instalamos el vivac en un verdadero balcón tupido por espesa hierba verde. Poco más arriba, un inesperado descubrimiento nos colmó de dicha: Ni más ni menos que un increíble sistema de simas abrían sus desafiantes bocas negras hacia las fauces de la tierra. Destacaba entre todas un perfecto pozo redondo, de más de tres metros de diámetro, por donde se colaba un ruidoso torrente procedente de los heleros superiores. Al lanzar piedras por el agujero, oíamos como las mismas rebotaban durante ocho segundos, hasta que los ecos se perdían en la distante y fría oscuridad. Otra de las tantas bocas exhalaba un extraño aire helado, proveniente de las estrechas paredes tapizadas de hielo. Tardamos un buen rato en salir de nuestro asombro, quizás hasta nos sentíamos incómodos por no ser espeólogos y no desear adentrarnos en los secretos de nuestro reciente descubrimiento.

■ Buenos presagios

El crepúsculo se vistió de los colores de la miel, presagiando buenos momentos para la día siguiente. Sorprendentemente, a las doce de la noche, la situación de la anterior tentativa se reproducía, y un compacto manto de nubes, acompañado de nucleares destellos, arrojó de nuevo la montaña. Ni siquiera me esforcé en disimular mis nervios cuando anuncié que a la primera gota saldría corriendo hacia el valle. "Como vuelva a pasar por lo que pasé, no volveré a escalar en roca en el Pirineo hasta el próximo verano", pregoné.

Quizás por casualidad, quizás con condolencia, la tormenta nos rozó pero no dejó caer sobre nosotros ni una sola lágrima. Al alba aún estábamos rodeados por una espesa niebla, que tan sólo se rompía esporádicamente para dejarnos ver más y más nubes. Tras un vacuo compás de espera, desalentados por nuestra suerte, decidimos combatir el húmedo frío adentrándonos en la pared. Tomamos un sistema de viras, realizamos tres cortos rápeles, y llegamos al punto de vivac. Nos sorprendió la proximidad del mismo o la que hubiese sido una salida de escape durante el anterior intento. ¡Si hubiésemos escalado un par de largos más de cuerda, hubiésemos podido salir caminando de la pared!... hubiésemos podido resguardarnos mejor de la lluvia y nos hubiésemos ahorrado los doce malditos rápeles. En fin...

La suerte decantaba la balanza a nuestro favor puesto que el cielo azul ganaba, poco a poco, el terreno ocupado por las nubes. Paralelamente, los largos de cuerda discurrían veloces, uno tras otro, gracias a la mayor facilidad del terreno que, en la parte alta de la pared, se inclina y pierde verticalidad. Una bonita franja rocosa de roca blanca culminó la vía, regalándonos el largo de cuerda más bonito de los veintitantos que completan el recorrido. La llegada a la cercana cumbre fue, sin lugar a dudas, el momento de gracia de mi humilde vagar como pirineísta. No adivinamos ningún vestigio de anteriores ascensiones, construimos un inmenso cairn y saboreamos dulcemente la estancia en la cima, en "nuestra cima". Mutuamente, contemplábamos nuestros rostros desfigurados por una incrustada sonrisa. Tenía la certeza de que el brillo que se adivinaba en los

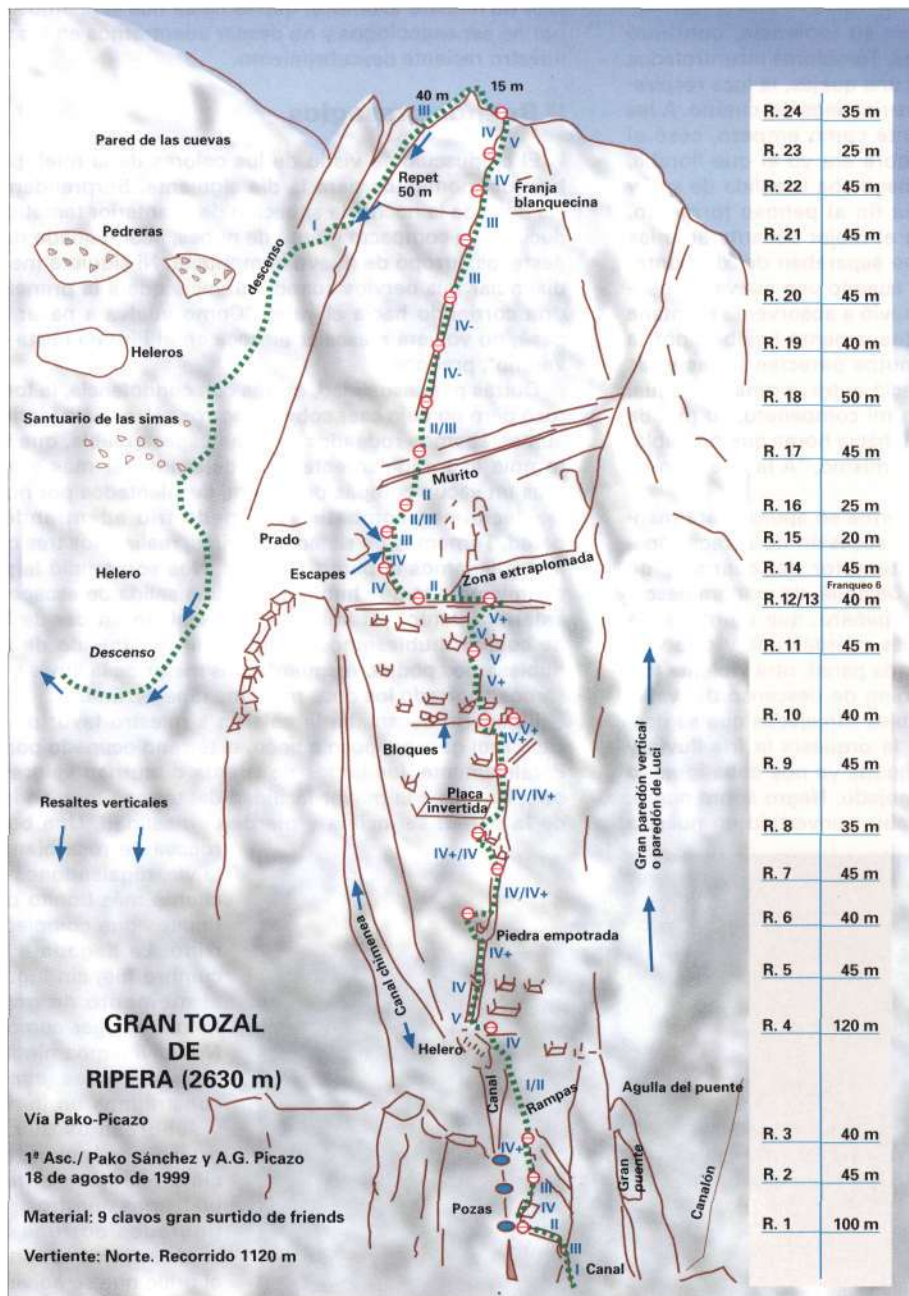
ojos de mi compañero era el reflejo exacto de mi mirada. A la sazón, el cielo, aparejando ser cómplice del momento, mostraba un brillante color azul, irrealmente iluminado por el majestuoso Astro Rey. Las nubes de la mañana habían desaparecido tan sigilosamente como aparecieron

■ Un vertiginoso descenso

Durante la bajada del tridente que forma la cumbre del Tozal de Ripera, provocamos la caída de los bloques inestables que obstaculizaban la desescalada e instalamos un largo rappel para salvar la canal que, como si de un tobogán se tratase, presentaba un vertiginoso descenso. Factores, todos ellos, que ahondaban nuestro convencimiento de que la cumbre que dejábamos atrás era una de las raras cúspides vírgenes, quizás la última, que aún guardaba, celosamente, la querida Cordillera Pirenaica. ¿Que más se le puede pedir a un caluroso día de Agosto?. □



Arriba.
Tras la cumbre, durante el descenso, la tranquila tarde lame el alma del pirineista



■ FICHA TÉCNICA

Nombre de la montaña: Gran Tozal de Ripera 2630 m. En realidad la cumbre se desprende del pico de Ripera y hasta la fecha, según los mapas, no tenía nombre.

Nombre de la vía: Pako - Picazo.

Características: Vía evidente que discurre en medio de un magnífico marco de pared norte de alta montaña. La roca es mejor de lo que puede aparentar, no obstante se recomienda ir rodado en terreno delicado.

Primera ascensión: Antonio G. Picazo y Pako Sánchez el 18 de agosto de 1999.

Aproximación: Desde Panticosa, por el valle de Ripera. Pista de unos 8 km hasta los prados situados al pie de la vía, de aquí al inicio contar 45 minutos a una hora. La pista está cerrada al tránsito rodado mediante una cadena que encontraremos al inicio, si bien es posible pedir la llave en el Ayuntamiento de Panticosa. También es posible traspasar el Collado de Sabocos tras ganar altura con el telehuevo de las pistas de esquí (funciona en julio y agosto), desde el final de los remontes hasta el inicio de la vía hay unas 2 - 2,30 horas.

Dificultad: 1120 metros de recorrido. A1 (1 paso) y V+. Bastante IV.

Orientación: Norte puro y duro.

Descenso: Destrepar hasta la brecha situada al norte de la cumbre (IIIº) y rappelar 50 m.

Material útil: 9 clavos y un gran surtido de friends.